

**CORREIA DE BRITO**

Estuve allá afuera

Ronaldo Correia de Brito

Traducción de  
Claudia Solans

**AH**

Correia de Brito, Ronaldo  
Estuve allá afuera. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos  
Aires : Adriana Hidalgo editora, 2015

(narrativas)

E-Book

ISBN 978-987-3793-23-3

1. Narrativa Brasileña. I. Título

CDD B869.3

narrativas

Título original: Estive lá fora

Traducción: Claudia Solans

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

© 2012 by Ronaldo Correia de Brito

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2015

[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

Maqueta original: Eduardo Stupía

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial. Todos los derechos reservados.

# Estuve allá afuera

para Ritinha Brito y João Leandro, mis padres

# 1

## Salto en el claro

Antes de tirarse en las aguas barrosas del río Capibaribe, Cirilo recordó las humillaciones sufridas de compañeros y profesores, que no perdonaban su rebeldía ni su desprecio por un modelo de enseñanza corrupto en medio de las sombras de la represión. Dos veces había escapado de una masacre durante las clases y quiso desistir de la confrontación. Sentía un absurdo deseo de repetir lo de João Domício, el tío arrastrado por la creciente del río Jaguaribe, el cuerpo blanco perforado de balas, irreconocible en los remolinos de la corriente. No pasó por la cabeza de Cirilo la cuestión de si la vida valía la pena, ni fue la ausencia de motivos lógicos para vivir lo que lo trajo al puente en el que se inclina. Su rebelión no se afilia a ninguna causa revolucionaria como la de su hermano Geraldo. Abjuraría de toda verdad proclamada, para continuar andando por los callejones infames de Recife, en medio de la basura y la mierda. Los suicidas juegan con la muerte una pelea llena de malicia y seducción, trabajan estrategias a lo largo de años y lo que llaman impulso es sólo el lance final.

Los hombres empujan los carros, indiferentes a Cirilo y al manglar que sobrevive en las márgenes del río. ¿Será que el hormigón armado sustituyó a algún puente de madera? Se vuelve en busca de rieles de hierro, imagina si pasaban tranvías por allí. Desea romper con el escenario alrededor, pero no lo consigue. La memoria rehace sus vínculos con Recife, se apega cobardemente a las imágenes que ahogará en la zambullida. Se cansó de buscar a Geraldo, ausente de la familia desde que vino a vivir a la ciudad. Le prometió a su madre que cuidaría del hermano, vigilaría sus pasos. Pero Geraldo sabe adonde va, se afilió a un partido político y hace discursos en las plazas. Cirilo oscila al movimiento

de los ómnibus llenos de pasajeros, distinguidos en un vistazo. Exhaustos y solitarios, oscurecen igual que la tarde en la que el sol y la lluvia se alternan arbitrariamente.

Entre el impulso del cuerpo y el salto hacia abajo, en ese tiempo mínimo, Cirilo se despide de las cositas pequeñas, sin significado aparente. Los ojos, enfermos de querer verlo todo, miran los camalotes en la corriente cenagosa y las flores semejantes al loto. La suciedad borra los pétalos acuáticos y rehace el recuerdo de otros ríos y flores en un destello de gusto por la vida. ¿Y si desiste de morir? Las manos se crispan en la balastrada del puente entre islas de Recife, ciudad cuyo destino es inundarse en el Atlántico. Él también desaparecerá; se llenará los pulmones de barro podrido y se sepultará entre las algas marinas que la mirada no alcanza. En el caso de que sobreviva al ahogo, morirá de neumonía o remordimiento por el crimen de João Domísio, el fantasma cuya historia lo persigue desde niño.

Sabe que en el último instante lanzará pedidos de salvación. Siempre se dejó conducir por un río invisible, debatiéndose en vez de nadar aplomado, como los atletas de las piscinas. Mientras la mano izquierda lo apartaba de la desesperación, la derecha anotaba en cuadernos lo que le parecía necesario decir, sobreviviendo a través de esas señales. ¿Quién le asegura a un naufrago que su testamento escrito en un pedazo de tela, metido en una botella y lanzado al mar, será leído? ¿Y qué importancia tiene que sea leído o no, si al escribir el autor se libera de la aprensión, dejando su testimonio sobre las ruinas? Centenares de escritos se guardaron por años bajo tierra, en túmulos o edificios soterrados, a la espera de quien los liberase de la mudéz. Lo que está bajo tierra es nada. Mirar hacia arriba y encarar la luz es mucho más apacible que morir. Piensa en esas cosas, pero nunca se acuerda quién las escribió.

El sol de Recife ciega. No menos intenso brillaba en una ciudad lejana sobre la cabeza de la abuela, del padre, de la madre y de los hermanos, el día en que se despidieron llo-

rando en la puerta de casa, la madre retrasada unos pasos para que no vieran sus lágrimas. El padre llevaría a Cirilo a la estación, al ómnibus y a la promesa amenazadora de Recife. Altivo, parecía ajeno a la contracción de los dientes del hijo, a la fuerza con la que contenía el llanto porque a los hombres de la familia les estaba prohibido llorar. Caminaba adelante, como el dios Hermes conducía las almas al infierno. En la víspera, Luis Eugenio le había contado la historia del rey que poseía tres hijos varones y cada uno de ellos, al alcanzar la edad adulta, pedía permiso para dejar la casa paterna. Geraldo, el mayor, se había ido hacía cuatro años, un poco antes del golpe militar. "¿Quieres mi bendición con poco dinero o mi maldición con mucho dinero?", preguntaba el padre de la historia, y sólo el hijo menor elegía la bendición y un camino espinoso.

¿Vale la pena recomponer los escenarios que lo rodean, si está seguro de que morirá? ¿Importa si en ese lugar donde precariamente mantiene el equilibrio, en el siglo diecinueve existió un puente de hierro o de madera? Lo concreto del puente no disminuye su deseo de evadirse hacia fuera de la luz, en un salto que todavía no ocurrió.

¿Huir significa delegar la muerte en otro? ¿Quién saltará del puente en su lugar? Geraldo no acepta los lineamientos de la familia, los árboles genealógicos que la madre desenrolla sobre la mesa después de la cena, buscando en los rostros de los hijos señales que sólo ella reconoce.

¿Cuál puente de Recife cruza Geraldo en ese momento, indiferente a las aflicciones de la madre? En casa, el padre arrancó del marco el retrato del hijo primogénito, dejando un vacío en la pared, una ausencia que ninguna imaginación rellena.

Después de lluvias prolongadas, las casas y edificios de Recife se entumescen, los revoques sueltan los ladrillos y las pinturas de las paredes muestran capas superpuestas de colores: borrones abstractos que ningún pintor lograría imi-

tar. Fétidas y tristes de tan oscuras, las calles recuerdan una ciudad bombardeada. Cirilo se desplaza de un mástil a punto de desmoronarse y camina hacia el otro lado del puente. Enciende un farol imaginario, señalizando en busca de salvación. Divisa la calle ancha de Benfica, rejas de hierro, piñas y capiteles de pasado morisco, azulejos portugueses que brillan al sol que sólo de vez en cuando muestra la cara. Podría subir a la torre más alta del castillo construido por un patrón de ingenio enriquecido con el comercio de azúcar por el sacrificio de esclavos. Señores opulentos y arrogantes, la mesa harta de sabores. Siente un hueco en el estómago, no comió casi nada desde el desayuno. Los bolsillos vacíos de dinero, la barriga vacía de alimentos. ¿Y se sacará la ropa antes de tirarse a las aguas? Creerían que deseaba bañarse en el Capibaribe, del mismo modo en que se bañaba en el río Jaguaribe. El muerto flotando desnudo parecería desvalido, solo y despojado del apellido Rego Castro que tanto enorgullece a la madre. Encontraron al tío João Domísio con todas las señales de la nobleza: chaqueta de terciopelo, camisa fina con abotonadura de plata, botines de cuero curtido, un anillo de oro con arabescos de flores y ramas entrelazadas. En medio de las aguas barrosas, el cuerpo preso a los destrozos de las márgenes, muerto con tres tiros en el pecho izquierdo. Lejos del Recife que él tanto amó, donde Cirilo bajó de un ómnibus empujado por la voluntad del padre, arrastrando la maleta de suela con unas pocas ropas y una caja de libros. Ansiando encontrar al hermano, pero sin querer repetir la historia del tío asesino.

A punto de invadir las calles, el agua barrosa cubre las pilastras de sustentación del puente y no es posible ver a los residentes habituales del manglar, los cangrejos de patas astutas, que en las mareas bajas escalan las paredes como soldados las murallas de una fortaleza, para tomarla por asalto. Forman escaleras unos sobre otros, se desmoronan y caen. Los de abajo desisten de sostener a los de arriba, abandonan la posición inferior que ocupan en la escalera



de equilibristas y todos retornan al barro. Dicen que la sociedad recifense reproduce el comportamiento de los cangrejos: a nadie le gusta ver a otro subir en la vida. Cirilo se inquieta, enciende un cigarrillo, intenta saber la hora. ¿Por qué la preocupación por el tiempo? Oye la voz de Álvaro, un amigo con quien comparte angustias y el cuarto de estudiante:

—¡Aprovecha el impulso! ¿O quieres matarte después de las reflexiones?

Álvaro cita lo que los otros dijeron como si fuera propio. Fragmenta los pensamientos ajenos y de esa manera construye su discurso. Argumenta que los bienes culturales son propiedad de todos, están ahí para ser usados, y profetiza que la firma desaparecerá en breve.

Cirilo palpa en el bolsillo izquierdo de la camisa una carta que Leonardo le había escrito cuatro años atrás, cuando todavía cursaban el primer período de medicina y casi había sido linchado durante una clase de anatomía. En ese momento también decidió matarse y buscó el mismo puente de la Magdalena. Poseía un vínculo con el paisaje, los miasmas del lodo, el olor putrefacto de la marea, el océano un poco más allá, colorido por los barcos pesqueros del Pina. Vivió en una calle cercana a Benfica, compartía el apartamento con siete compañeros del mismo lugar donde había nacido. En el tiempo libre caminaba hasta el puente y observaba a los pescadores arriesgando la suerte. Conocía a casi todos. Nunca se interesó por los nombres, llamando a cada uno pescador. Ellos pedían cigarrillos, ofrecían los pescados pequeños, pero Cirilo no aceptaba. Temía la contaminación del agua, la suciedad de los desagües que envenenaba las carnes blancas de los peces. La madre había convencido a su hijo de que tenía la salud frágil, mirándolo como a un sobreviviente de los nueve meses de embarazo. No podía correr riesgos, bastaban los cigarrillos, más de un atado por día. Había aprendido a beber y a fumar con Leonardo.

En la calle Paysandú, que desemboca en el puente, algunos palacetes embrujados sobreviven de pie. Cirilo pasaba horas intentando adivinar estilos en la arquitectura ecléctica. Las ciudades se construyen con capas superpuestas de fantasías, cada generación se deshace de los sueños de la anterior, intenta imprimir su gusto al presente, probar que está viva y posee voluntad. Los resultados, muchas veces catastróficos, daban a Recife un aspecto deforme, un rostro sin líneas serenas. Al comienzo de la calle, casas revestidas de azulejos portugueses, con puertas y ventanas que se abrían directamente a la vereda, habían sido invadidas por moradores anónimos, gente que desconocía la historia de los caseríos y arrancaba los azulejos para venderlos a los coleccionistas de antigüedades. Tapiceros, ebanistas y recolectores de basura se perdían en salones de fiesta, cuartos de puertas de cedro y banderas talladas con motivos florales, comedores con ricos pisos de madera, cocinas donde sobrevivían fogones a leña y baños oscuros, escondidos en el fondo de la huerta entre mangos y yacas seculares, como si a los antiguos dueños los avergonzara bañarse y cumplir con las necesidades del cuerpo.

¿Qué canciones canturreaban las mujeres en la cocina mientras hacían el almuerzo? ¿Y para hacer dormir a los niños? Cuando lo autorizaban a husmear en las ruinas, descubría en el piso de la sala de visitas las impresiones de un pino, marcas de fuego de una vela caída durante la noche y manchas de sangre o esperma en las paredes de los cuartos, revelando que en esos aposentos las personas se habían amado y odiado. Podría investigar si el primer dueño del caserón con escalones en piedra tallada era un joyero judío o un comerciante de seda; el motivo de que las personas abandonaran sus antiguas viviendas y el dinero gastado en los proyectos frustrados. Sin embargo, ese conocimiento no lo enriquecería con imágenes románticas, mejor buscar trazos sospechosos y componer el enredo de una novela policial.

Más abajo en la calle quedaba la plaza Llorá Niño, donde

habían luchado soldados rasos amotinados y sectores pobres de la población contra militares legalistas, en un tiempo en que Pernambuco se resentía por haber perdido ventajas políticas y económicas para el Sudeste, donde se estableció la Corte. Civiles y soldados saquearon Recife, asesinando a sus residentes. Ni los niños fueron respetados. Los cuerpos inocentes enterrados en el piso de la futura plaza espantaban a la ciudad con su llanto. Algunos decían que el llanto era de otros niños, lamentando a los padres muertos en la escaramuza. Otros juraban que se trataba del llanto de bebés que las madres abandonaban en el recibidor de un viejo orfanato, construido en las inmediaciones.

En las noches en que perdía el sueño, Cirilo se sentaba en un banco de la plaza y cerraba los ojos para escuchar el lamento. Si no había autos que pasaran ni perros que ladraran, si el viento soplaba de la calle de la Aurora en aquella dirección, él también oía los gritos de Geraldo atravesando las paredes de una sala inmundada, donde lo torturaban unos hombres encapuchados.

Cuando buscó una carta en el bolsillo de la camisa, sintió los latidos acelerados del corazón. La saliva se le había secado en la boca y un fuerte mareo lo hacía perder el equilibrio.

—¿Qué es eso, Leonardo?

—Lo escribí para ti.

—¿Una carta de amor?

—No bromees, es en serio.

—Me imagino.

No acostumbraba coleccionar las cartas recibidas, pero guardó esa que le escribió el amigo en una hoja de cuaderno. Leonardo había dactilografiado las siete primeras líneas y después había escrito a mano, con su caligrafía delicada. Era la carta de un joven aspirante a poeta que sufría con la tortura de Cirilo. Sin poder hacer nada, asistía a las luchas diarias como espectador que no comprende ni prac-

tica la violencia.

Llegaron juntos a la clase de anatomía, en el anfiteatro de ciento cincuenta lugares, lleno con doscientos setenta y cinco alumnos, muchos de pie o sentados en el piso. Se amontonaban en el espacio exiguo, forzados a un calor infernal durante tres horas de informaciones técnicas sobre huesos, músculos y nervios. Cirilo se levantó y protestó contra la incomodidad. Lo abuchearon. Le arrojaron pelotas de papel y pedazos de madera. Los compañeros no perdonaban sus largos cabellos, el pantalón bajo mostrando el vello, la camisa corta, el aire de desprecio por el grupo. Alzaron un alumno de cuerpo delgado y lo empujaron sobre Cirilo, que se levantó y los acusó de rebeldes sin causa. Vivían en plena dictadura, los universitarios eran apresados, torturados y muertos, y ellos se comportaban como muchachos sin educación. ¿Por qué no actuaban políticamente en vez de hacer alboroto? Se espantó con el discurso tomado en préstamo de su hermano Geraldo, no solía decir esas cosas.

Nadie se defendía de las denuncias de Cirilo, intensificando los abucheos. Cuando los llamó flojos y cobardes, respondieron en coro: "¡Marica! ¡Fumón! ¡Comunista!". Los muchachos y algunas chicas cerraron carga en el apedreamiento, en los gritos y silbidos, venciendo espacios que separaban los campos enemigos. Hubo intercambio de golpes y patadas, pero nadie sacó un puñal o revólver. Cuando el tumulto se salía de control, el profesor catedrático irrumpió en la sala con su equipo de adjuntos. Recordaban a dominicanos inquisidores, perros del régimen militar vistiendo batas largas y sucias. El jefe de la tropa mandó a Cirilo a que se retirara y que lo buscara al día siguiente. Amenazó a los amotinados con el IV Ejército y garantizó que pondría a todos en la cárcel si no se comportaban bien durante las clases. La turba hizo silencio y la clase dio inicio.

En el pasaje oscuro que servía de entrada a la morgue, donde dejaban los cadáveres para la verificación del dece-

so, Cirilo se sintió expulsado igual que un perro. Caminó sin mirar nada, el cuerpo adormecido. ¿Los gritos de los compañeros que lo molestaban habían cesado o él estaba atacado de sordera? Se volvió imaginando que Leonardo y Silvio venían detrás de él, sin embargo estaba solo en medio de los difuntos en los carros funerarios, a la espera de ser abiertos.

En el primer año de medicina los alumnos comienzan el aprendizaje lidiando con la muerte, una educación al revés para quien pretende cuidar de vivos. Se acordó del padre, de la madre, de los hermanos y de lo que ellos fantaseaban sobre la universidad y la enseñanza médica. Cuando volvió a casa con la cabeza rapada, usando la boina de fieltro verde con la palabra medicina, todos lo miraban como si fuera un muchacho de suerte, con un futuro garantizado. La madre había confeccionado dos batas blancas con su nombre bordado en el bolsillo y encontró extraño que se rehusara a frecuentar el hospital, incluso sabiendo que él sólo había pasado el examen de ingreso y que todavía no había asistido ni a una clase. Sorprendía las miradas orgullosas de los padres y temía no corresponder a los sacrificios que los dos habían hecho. Los primeros síntomas de una ansiedad bordeando el pánico surgieron como consecuencia de esas expectativas, de las dudas con relación a la carrera que había elegido. El día anterior había sabido que Geraldo había sido apresado una vez más, pero nadie le había informado en cuál comisaría. Se acordó de su madre implorándole que velara por la vida del hermano. Deseó morir.

Los corredores sombríos por donde camina Cirilo parecen los de un castillo en una película de terror. Sólo de a poco logra distinguir los contornos de los yambos, de los mangos y de los ficus con lianas que cuelgan de las ramas altas. Pasa a la cantina, la rampa que da acceso a la biblioteca del primer piso, teme que le arrojen una bolsa plástica llena de agua en la cabeza. La broma dura el año entero. Cirilo asistía mojado a la mayor parte de las clases. Más corredores espeluznantes para atravesar y el miedo a nuevas

agresiones del grupo del segundo año. En la broma, le cortaron el cabello y le metieron los pelos dentro del pantalón. Lo mandaron a rodar por el pasto del patio, le pintaron el cuerpo de rojo y, por último, lo obligaron a sumergirse en el canal donde corrían los desagües de la universidad. Nadie lo socorrió. Los rebeldes eran castigados mucho más. Dentro y fuera de los cuarteles, los estudiantes que pensaban o se comportaban diferente del rebaño general eran golpeados sin compasión. Un alumno no soportó el prejuicio porque era homosexual y se ahorcó en un departamento de la escuela.

Cuando alcanzó el patio que daba acceso a la calle, contempló el sol como fray Caneca en su último paseo por las calles centrales de Recife, de camino al Fuerte de las Cinco Puntas, donde sufriría la pena de muerte por ser un rebelde republicano. Cirilo no estaba afiliado a ningún partido ni tenía causas, miraba las avenidas abiertas y sentía el asfalto bajo los pies. La prisión móvil de compañeros se había deshecho y la pared de profesores con la que siempre se topaba, como con un pelotón de fusilamiento, había quedado atrás. La luz cayendo de arriba, brutal y caliente, hacía Recife más nítido. Encendió un cigarrillo, se sacó la camisa y se entregó al sol con el propósito de despertar el cuerpo, aun cuando fuera durante el tiempo de un recorrido ligero, aun cuando no existiera respuesta para sus preguntas. Tomó un ómnibus, bajó en Caxangá, saltó en la calle Benfica y caminó hasta el puente de la Magdalena, la misma que buscaría cuatro años después, decidido a tirarse al río. La voz de João Domísio ordenaba: ¡Vamos! ¡Salta! ¡Muere! Al día siguiente, sentado en la rampa que conducía al primer piso de la facultad, juntó fuerzas para un enfrentamiento más. Fue cuando Leonardo le entregó la carta en la que era posible reconocer influencias de Hermann Hesse, un autor alemán con marcas románticas y regionalistas, execrado por las izquierdas que lo acusaban de sentimentalismo y exceso de psicología.

## 2

## Al son de la triste melodía

Cirilo se mueve en la desesperación del presente, tanteando a ciegas, sin una linterna en la mano que arroje luz sobre el futuro escribió Álvaro en una carta, sin revelar el autor de la cita—. Tal vez ni recordara quién lo había dicho. No tenía importancia, pues la desesperación y la elección del suicidio se parecían al personaje a quien él se refería y al autor de la sentencia.

El futuro pertenece a Dios, repetía su madre, como una actriz guiada por un punto ciego, en un escenario en ruinas. Podría ser verdad, de tanto proclamar la tradición, aunque todos ya estuvieran cansados de ese creador perfecto y absoluto y desearan asumir la propia creatividad. El futuro pertenece a Dios, y a Cirilo, sólo las aguas barrosas que no cesan de correr, de la misma manera que él corría desesperado en un sueño de la noche anterior.

En el sueño, llegaba a los portones abiertos de un mercado en la ciudad donde había crecido. Era un comienzo de mañana y las personas hacían compras. Caminó por el pasillo del lado izquierdo, entre cajones de madera abarrotados de cereales. La madre y Leonardo vigilaban sus pasos, los movimientos inseguros del cuerpo, los largos brazos de chimpancé tocando las rodillas. Se volvió bruscamente, deseando sorprenderlos. Los dos continuaron firmes en sus puestos de observación, uno de cada lado, sin dar un paso hasta él. Atravesó el pasillo estrecho entre los puestos de los vendedores, indeciso si compraba algo. No tenía dinero, pero había ido allí para hacer compras, participar de una prueba o maratón. Imaginaba un recorrido ameno por el otro pasillo del mercado, donde los vendedores ofrecían cintas y perfumes, y Leonardo se había apostado con un sil-